

EN LUGAR SEGURO

El café moca de la sala de espera del centro de atención a pacientes externos del hospital Memorial Sloan-Kettering nos chiflaba. El café solo no es muy bueno y el chocolate caliente es peor. Pero si, como descubrimos mi madre y yo, pulsas el botón de «moca», ves cómo dos cosas no muy buenas pueden combinarse para constituir algo delicioso. Las galletas integrales tampoco están nada mal.

El centro de atención a pacientes externos está ubicado en la muy agradable cuarta planta de un espléndido edificio de oficinas de acero negro y vidrio de Manhattan, en la confluencia de la calle Cincuenta y tres y la Tercera avenida. Quienes lo visitan tienen suerte de que sea tan agradable, porque pasan allí muchas horas. Es en ese lugar donde la gente con cáncer espera para ver al médico, o a que la conecten a goteros para dispensarle dosis de ese veneno que prolonga la vida y constituye una de las maravillas de la medicina moderna. A finales del otoño de 2007 mi madre y yo empezamos a quedar allí con regularidad.

Nuestro club de lectura empezó formalmente con un café moca y una de las preguntas más despreocupadas que pueden plantearse dos personas: «¿Qué estás leyendo?». Es una pregunta peculiar hoy en día. En los interludios de una conversación, es más habitual que la gente pregunte: «¿Qué has visto en el cine?» o «¿Adónde vas a ir de vacaciones?». Ya no se puede dar por sentado, tal como cuando yo era un

+

muchacho, que alguien esté leyendo algo. Pero es una pregunta que mi madre y yo nos hacíamos desde que alcanzo a recordar. Así que un día de noviembre, mientras pasábamos el rato entre que le sacaran sangre y el momento de la visita a la doctora (que precedía a la sesión de quimio), le planteé esa pregunta. Mi madre respondió que estaba leyendo un libro extraordinario, *En lugar seguro*, de Wallace Stegner.

En lugar seguro, publicado en 1987, es uno de esos libros que yo siempre había tenido intención de leer, hasta el punto de que pasé años fingiendo no solo que lo había leído, sino que sabía más sobre su autor que los simples datos de que nació a principios del siglo xx y escribió principalmente acerca del Oeste americano. Trabajé en el mundo editorial durante veintiún años y, en el transcurso de muchas conversaciones, cogí la costumbre de preguntar a la gente, sobre todo a los libreros, el título de su libro preferido y por qué le gustaba tanto. Uno de los libros que con más frecuencia se citaban era, y sigue siendo, *En lugar seguro*.

Hablar con entusiasmo de libros que no había leído aún era parte de mi trabajo. Pero hay diferencias entre soltarle una mentirijilla a un librero y mentirle a tu madre de setenta y tres años cuando la acompañas a su tratamiento para demorar el crecimiento de un cáncer que ya se había extendido del páncreas al hígado cuando le fue diagnosticado.

Le confesé que, en realidad, no había leído ese libro.

—Te pasaré mi ejemplar cuando lo haya terminado —me dijo mi madre, que siempre fue mucho más ahorradora que yo.

—No hace falta, ya lo tengo —le contesté, lo que, de hecho, era cierto. Hay ciertos libros que tengo intención de leer y guardo apilados en la mesilla de noche. Incluso me los llevo de viaje. Algunos de esos libros han viajado tanto que deberían hacerles descuento por acumulación de millas de trayecto. Me llevo esos libros un vuelo tras otro con las me-

jores intenciones y luego acabo leyendo cualquier otra cosa (¡la revista de ofertas de la compañía aérea, una publicación sobre golf!). He llevado *En lugar seguro* a tantos viajes y he vuelto a dejarlo en la mesilla tantas veces que ese volumen bien podría haberse sacado al menos un billete de primera clase a Tokio en Japan Airlines.

Pero esa vez iba a ser distinto. Ese fin de semana lo empecé, y más o menos cuando iba por la página veinte, ocurrió ese milagro que se obra solo con los mejores libros: me ensimismé y me obsesioné, y estuve todo el tiempo en plan «¿Es que no ves que estoy leyendo?». Para los que aún no habéis leído *En lugar seguro* (o los que seguís fingiendo haberlo leído), es una historia sobre la amistad de dos parejas durante toda su vida: Sid y Charity, y Larry y Sally. Al principio de la novela, Charity se está muriendo de cáncer. Así que cuando lo acabé, sentí la necesidad de hablar del tema con mi madre. La novela nos ofreció una manera de abordar algunas cosas a las que se enfrentaba ella y algunas cosas a las que me enfrentaba yo.

—¿Crees que le irá bien? —le pregunté, refiriéndome a Sid, que al final se queda sumamente solo.

—Le resultará muy duro, claro, pero creo que saldrá bien parado. Estoy segura. Igual no enseguida. Pero le irá bien —contestó, refiriéndose a Sid, pero quizá también a mi padre.

Los libros siempre habían sido para nosotros dos una manera de sacar a colación y explorar temas que nos preocupaban pero que nos resultaban incómodos, y también nos habían dado temas de conversación cuando estábamos estresados o ansiosos. En los meses que siguieron al diagnóstico de la enfermedad, empezamos a hablar de libros cada vez más. Pero fue con *En lugar seguro* cuando los dos comenzamos a darnos cuenta de que nuestras charlas iban más allá de lo fortuito, que habíamos puesto en marcha, sin nosotros

saberlo, un club de lectura de lo más insólito, uno que solo tenía dos participantes. Como en muchos clubes de lectura, las conversaciones iban y venían de las vidas de los personajes a las nuestras. Unas veces tratábamos un libro en profundidad; otras, nos encontrábamos absortos en una conversación que tenía muy poco que ver con el libro o el autor que la había provocado.

Yo quería averiguar más acerca de la vida de mi madre y las opciones que había tomado a lo largo de la misma, así que a menudo llevaba la conversación por ahí. Pero ella tenía sus propios planes, como casi siempre. Me llevó tiempo averiguarlo, y necesité ayuda.

Durante la enfermedad de mi madre, antes y después de *En lugar seguro*, ambos leímos docenas de libros de toda clase. No leíamos únicamente «grandes libros», leíamos al azar, con promiscuidad y por capricho. (Como he dicho, mi madre era ahorradora; si le dabas un libro, se lo leía.) No siempre leíamos los mismos títulos al mismo tiempo; no quedábamos para comer, ni en días específicos, ni fijábamos una serie de encuentros al mes. Pero nos veíamos obligados a volver una y otra vez a esa sala de espera a medida que la salud de mi madre iba empeorando. Y hablábamos de libros con la misma frecuencia que de cualquier otra cosa.

Mi madre leía rápido. ¡Ah!, y tengo que mencionar otra cosa. Siempre leía el final del libro al principio porque era incapaz de esperar a ver cómo terminaban las cosas. Cuando empecé a escribir este libro, caí en la cuenta de que, en cierta manera, ella ya había leído el final del mismo: cuando tienes un cáncer de páncreas que te ha sido diagnosticado después de que se extendiera, no es muy probable que haya un final sorprendente. Ya sabes casi con toda seguridad lo que te deparará el destino.

Podría decirse que la tertulia literaria se convirtió en nuestra vida, pero sería más preciso decir que nuestra vida se

convirtió en una tertulia literaria. Tal vez siempre lo había sido y fue necesario que mi madre enfermase para que nos diéramos cuenta. No hablábamos mucho sobre el club de lectura. Hablábamos de libros y hablábamos de nuestra vida.

Todos tenemos mucho más por leer de lo que podemos leer y mucho más por hacer de lo que podemos hacer. Aun así, una de las cosas que aprendí de mi madre es la siguiente: leer no es lo contrario de hacer; es lo contrario de morir. Nunca podré leer los libros preferidos de mi madre sin pensar en ella, y cuando los preste y los recomiende, sabré que con ellos va parte de lo que la constituyó; que una parte de mi madre seguirá viva en esos lectores, lectores que tal vez se sientan inspirados a amar tal como ella amó y a abordar su propia versión de lo que ella hizo en el mundo.

Pero me he adelantado. Dejadme que vuelva al principio, o más bien al principio del fin, a antes de que le fuera diagnosticada la enfermedad a mi madre, cuando empezó a encontrarse mal y no sabíamos por qué.

CITA EN SAMARRA

A mi madre y a mí nos encantaban los comienzos de las novelas. «Los chiquillos llegaron temprano para el ahorcamiento» era uno de nuestros preferidos. Era el inicio de *Los pilares de la tierra*, de Ken Follett. ¿Cómo no seguir leyendo? Y la primera frase de *Oración por Owen*, de John Irving: «Estoy condenado a recordar a un chico con la voz quebrada, no por su voz, ni porque fuera la persona más pequeña que había conocido en mi vida, ni siquiera porque fuese el instrumento de la muerte de mi madre, sino porque es la razón de que crea en Dios; soy cristiano por causa de Owen Meany». Y la primera línea de E. M. Forster en *Regreso a Howards End*: «Podríamos comenzar con las cartas de Helen a su hermana, ¿verdad?». Es ese tono apelativo lo que atrapa: resulta despreocupado, informal incluso, pero aun así provoca en el lector la sensación de que queda mucha historia por delante.

Hay novelistas que empiezan con frases que presagian el grueso de la trama del libro; otros comienzan con insinuaciones; otros, con palabras que sencillamente crean un ambiente o describen a un personaje, mostrando al lector un mundo antes del diluvio, sin indicio alguno de lo que está a punto de acontecer. Lo que no hay que escribir nunca es: «Poco sabía ella que su vida estaba a punto de cambiar para siempre». Muchos autores optan por algo así cuando quieren crear suspense. Lo cierto es que la gente nunca sabe que

su vida está a punto de cambiar de un modo imprevisto; ahí radica la naturaleza de lo imprevisto.

Nosotros no éramos distintos.

El año 2007 empezó con mi madre y mi padre pasando unas semanas en Vero Beach, Florida, un lugar que ella descubrió entrada ya en años y le encantó. Ahora recuerdo, no sin cierto remordimiento, cómo le repetía una frase sobre Florida que le oí a algún humorista: «Allí es donde los viejos van a morir y luego no se mueren».

Todos teníamos previsto ir de visita en un momento u otro, pero cada miembro de la familia estaba, a la sazón, felizmente ocupado. Mi hermano Doug acababa de producir una nueva versión cinematográfica de *Lassie vuelve a casa*. Mi hermana Nina trabajaba para TB Alliance, combatiendo el contagio de la tuberculosis por el mundo. Yo preparaba el libro de David Halberstam sobre la guerra de Corea para su publicación y también me encargaba de la promoción de un libro sobre el correo electrónico que había escrito con un amigo. Mi padre estaba ocupado con su negocio de representación de músicos: directores, cantantes y grupos. Estábamos obsesionados con las ansiedades, los pequeños roces y los achaques menores (dolores de muelas, de cabeza, insomnio...) que afectan a todo el mundo. Y también había cumpleaños que recordar, acontecimientos y viajes que planear, y calendarios que ajustar. Con mi familia, siempre había un flujo incesante de peticiones que nos dirigíamos los unos a los otros en nombre de nuestros amigos y de causas diversas: ¿podíamos asistir a una gala benéfica? ¿Podíamos presentarles a tal o cual persona? ¿Recordábamos el nombre de la mujer que llevaba un vestido rojo en el concierto? También nos bombardeábamos con recomendaciones, a menudo planteadas como mandamientos: tienes que ir..., tienes que leer..., tienes que ver... La mayor parte de estas venían de labios de mi madre.

De haber sido nuestra familia unas líneas aéreas, mi madre hubiera sido el aeropuerto central, y los demás, los vuelos de origen o destino. Rara vez iba nadie a ningún sitio sin hacer escala; cada uno de nosotros pasaba por mi madre, que dirigía el tráfico aéreo y establecía prioridades: qué miembro de la familia tenía autorización para despegar o aterrizar. Ni siquiera mi padre era inmune a la planificación de mi madre, aunque tenía más libertad de movimiento que los demás.

La frustración que sentíamos sus hijos tenía que ver con lo minuciosamente que todo debía estar planificado. De la misma manera que un avión retrasado puede interferir en el funcionamiento de todo un aeropuerto, haciendo que los vuelos se acumulen y la gente tenga que dormir por los pasillos, mi madre tenía la impresión de que cualquier cambio podía sumir nuestras vidas en el caos. De resultas de ello, a mi hermano, a mi hermana y a mí nos causaba cierto terror alterar, aunque solo fuera levemente, los planes una vez los habíamos cerrado con mi madre.

Cuando la llamé a Florida ese mes de febrero para decirle que había decidido tomar un vuelo vespertino desde Nueva York en vez del vuelo matinal como habíamos quedado previamente, se limitó a decir: «Ah», pero pude notar un inmenso deje de exasperación en su voz. Después añadió: «Estaba pensando que si llegabas por la mañana, podríamos ir a comer con la pareja de la casa de al lado; se van esta tarde, así que si llegas en un vuelo posterior, no tendrás la oportunidad de conocerlos. Supongo que podríamos pedirles que se pasen a tomar un café por la tarde, pero entonces no podríamos ir a Hertz a incluirte en el registro de alquiler del coche, y me vería obligada a conducir hasta Orlando para recoger a tu hermana. Pero no pasa nada. Seguro que logramos que todo salga bien».

Mi madre no se limitaba a coordinar nuestras vidas.

También ayudaba a coordinar, casi siempre a petición de otros, las vidas de cientos de personas más: en su iglesia, en la Comisión de Mujeres en Apoyo de Mujeres y Niños Refugiados (formaba parte de la junta directiva que la fundó), en el Comité de Rescate Internacional (fue coordinadora de los miembros del consejo y fundó la sección británica del CRI) y en la infinidad de organizaciones en las que trabajó o de cuyas juntas formó parte. Fue directora de ingresos en Harvard cuando yo era un muchacho, y luego asesora universitaria en un centro de Nueva York y directora de un instituto de secundaria, y seguía en contacto con cientos de antiguos alumnos y colegas. También estaban los refugiados que conocía en sus viajes por todo el mundo, y con los que se mantenía en contacto. Sin olvidar tampoco el resto de amistades, que iban desde los amigos íntimos de la infancia hasta la gente que casualmente se sentaba a su lado en un avión o en un autobús que cruzaba la ciudad. Mi madre siempre se dedicaba a presentar, planificar, sopesar, asesorar, aconsejar, consolar. A veces decía que todo eso la agotaba, pero saltaba a la vista que por lo general le encantaba.

Una de las organizaciones que mantenía más ocupada a mi madre era una fundación que contribuía a establecer bibliotecas en Afganistán. Se enamoró de ese país y de sus gentes la primera vez que viajó allí, en 1995, atravesando el paso de Jaiber desde Pakistán para informar sobre la situación de los refugiados. Regresó a Afganistán nueve veces, siempre a fin de ayudar a la Comisión de Mujeres o al Comité de Rescate Internacional (que es la organización matriz de la Comisión de Mujeres), para seguir indagando en la evolución del calvario de los refugiados en aquella zona. Sus viajes en aras de los refugiados la llevaron no solo a Kabul, y no solo por todo Afganistán —incluido Jost, donde hizo noche en una pensión ruinosa, la única mujer entre veintitrés guerreros muyahidines—, sino por el mundo entero, inclui-

da la mayoría de los países del sudeste asiático y África occidental.

Ese año, mientras se encontraba en Florida, estaba en contacto permanente con un hombre llamado John Dixon, un profesional que llevaba mucho tiempo implicado en Afganistán, sabía prácticamente más que nadie sobre el país y estaba ayudando a conformar la visión sobre el mismo de una persona que sabía más incluso que él: una mujer de setenta y nueve años llamada Nancy Hatch Dupree, que durante décadas había repartido su tiempo entre Kabul y Peshawar. Mi madre y John, que se habían encontrado muchas veces con Nancy en Pakistán y Afganistán, colaboraban a fin de poner en marcha una fundación estadounidense que ayudara a Nancy a recaudar dinero destinado a una biblioteca y un centro cultural nacional —cosa que Afganistán no tenía—, que se construiría en la Universidad de Kabul, y a financiar bibliotecas itinerantes para los pueblos de todo el país, que llevarían libros escritos en dari y pastún a gente que rara vez veía un libro en su propio idioma, si es que alguna vez veía un libro. Nancy y su marido, que murió en 1988, habían amasado una colección sin parangón de 38.000 volúmenes y documentos sobre los cruciales treinta últimos años de la historia afgana. Así que disponía de los libros; lo que no tenía era dinero y apoyo.

En la primavera de 2007, a mi madre le dieron la oportunidad de sumarse a la delegación del Comité de Rescate Internacional en Pakistán y Afganistán, y todo parecía estar tomando forma como era debido: en Peshawar y Kabul podría pasar mucho más tiempo en compañía de Nancy con objeto de concretar un plan de recaudación para las bibliotecas. Aunque en muchas familias sería una noticia importante que uno de sus miembros fuera a visitar uno de los lugares más peligrosos del mundo —un lugar en el que ya habían disparado contra mi madre (aunque ella aseguraba

que dispararon a los neumáticos, no a ella), donde se había reunido con el líder militar Ahmad Sha Masud (posteriormente asesinado por dos terroristas suicidas), donde los talibanes seguían controlando buena parte del país y donde más de doscientos miembros de las fuerzas estadounidenses y de la coalición morirían antes de terminar el año—, para nuestra familia no era nada fuera de lo común.

Así que no esperamos que nada fuese distinto cuando partió de viaje esa vez; ni sospechamos que nada sería distinto cuando regresó enferma. No se encontraba peor de lo normal después de una visita a un país arrasado por la guerra. Había vuelto de la mayoría de sus viajes de trabajo —Liberia, Sudán, Timor Oriental, Gaza, Costa de Marfil, Laos..., por nombrar unos pocos— con algún tipo de malestar: un catarro, agotamiento, dolores de cabeza, fiebre. Pero en esas ocasiones ella se limitaba a seguir adelante con su vida ajetreteada hasta que los achaques pasaban.

Desde luego, hubo veces en que mi madre volvió enferma de un viaje y siguió enferma una buena temporada. De Bosnia regresó con una tos que le duró unos dos años, y llegó a formar parte de ella hasta tal punto que solo nos dimos cuenta cuando de pronto se le pasó. También tuvo problemas de piel diversos: manchas, hinchazones y sarpullidos. Pero en todos esos casos, su estado no se agravó. Volvió a casa enferma y siguió enferma hasta que se recuperó o hasta que todos, incluida ella misma, olvidamos que alguna vez había estado mejor.

Siempre insistíamos en que fuera al médico, e iba: a su médico de cabecera, a diferentes expertos en enfermedades tropicales y, alguna vez, a otros especialistas. Pero salvo por un aterrador brote de cáncer de mama, que le fue detectado con la suficiente antelación para que bastara con una opera-

ción quirúrgica y no tuviera que someterse a quimioterapia, y una piedra en la vesícula biliar que tuvieron que extirparle, nunca había tenido problemas demasiado graves. Dábamos por sentado que a mi madre nunca le pasaba nada que no pudiera curarse bajando el ritmo de actividad.

Cosa que no hacía.

También estábamos convencidos de que si mi madre hubiera seguido un tratamiento con antibióticos de principio a fin de una vez por todas, se hubiera librado para siempre de todos aquellos achaques relacionados con los viajes. No sé si era por frugalidad, terquedad o falta de confianza en los medicamentos, pero tras tomar la mitad de la dosis que se le había recetado, guardaba el resto para otra ocasión, lo cual era exasperante. Ni siquiera servía de nada recordarle que podía estar contribuyendo al desarrollo de una superbacteria.

En verano de 2007, no obstante, mi madre siguió enferma. Con una rapidez considerable, todos los médicos y especialistas confirmaron lo que tenía: hepatitis. Se estaba poniendo amarilla; tenía el blanco del ojo del mismo color que la yema de los huevos orgánicos; no del amarillo pálido de los huevos de supermercado, sino de un color dorado con matices sanguinolentos. Perdía peso y no tenía apetito. Y estaba bastante claro dónde había contraído la hepatitis, pues acababa de volver de Afganistán. Era algo que había comido, tal vez. O el agua de alguna ducha que le había entrado en la boca. Pero al principio los médicos no atinaban a ver qué clase de hepatitis era. Ni A, ni B ni C; ni siquiera D. Pensaron que igual era la hepatitis E, muy poco común. Aun así, el que nadie estuviera plenamente seguro del tipo de hepatitis que padecía mi madre no nos preocupó gran cosa. Si no podíamos entender la complicada situación política y religiosa de Afganistán, ¿cómo íbamos a tener identificados todos y cada uno de los extraños virus y enfermedades que se podían contraer allí?

Sus médicos no pecaron de incautos; desde el primer momento hicieron pruebas para descartar otras posibilidades y quedaron prácticamente convencidos de que las habían descartado. Le hicieron recomendaciones: tendría que descansar y prescindir por completo del alcohol (no tenía mucha importancia para ella, aunque le gustaba tomar una copa de vino con la cena y champán en las celebraciones). Nada más.

A medida que transcurría el verano, sin embargo, mi madre se encontraba cada vez peor. Estaba cansada. Y le sacaba de quicio estar cansada, y tener hepatitis, y no sentirse bien. No se quejaba, pero a veces nos lo comentaba a quienes más cerca estábamos de ella. Al volver la vista atrás, cada mención que hizo de su hepatitis me resulta siniestra. A veces decía a mi padre, o a uno de nosotros, algo así como: «No sé por qué no consiguen averiguar qué me pasa». O: «No hago más que descansar y nunca estoy descansada». Aun así, se esforzaba por hacer prácticamente todo lo que quería.

¿Alguna vez llegaba a descansar? No era fácil decirlo. Para ella, un día «relajado» era uno de los que dedicaba a ponerse al día con los correos electrónicos o a «atacar» su mesa (siempre usaba esa palabra, como si fuera un monstruo que escupía documentos contra el que había que luchar para que no tomara el poder y lo destruyera todo a su paso). Solo cuando leía estaba quieta de verdad.

Ver a nuestra madre esforzarse por mantenerse a la altura de las exigencias de su vida provocó que la tensión se incrementara entre el resto de la familia. No podíamos enfadarnos con ella por no sentirse bien ni por su negativa a tomarse las cosas con calma, así que nos molestábamos los unos con los otros mucho más de lo habitual por cualquier tipo de pequeñas ofensas: llegar temprano, llegar tarde, olvidar un cumpleaños, hacer un comentario sarcástico, comprar helado del sabor que no tocaba... Procurábamos que nuestra madre no nos pillara en esas trifulcas, pero no siem-

pre lo lográbamos. Por lo general, era capaz de resolverlas, desestimarlas o arbitrar en ellas, lo que hacía que los implicados nos sintiéramos culpables por haber discutido.

Ese verano fue ajetreado, y ni mi madre ni yo tuvimos oportunidad de leer como acostumbrábamos a hacer en verano —es decir, buena parte del día, un día tras otro, de puertas adentro y a la intemperie, en casa o en las casas de vacaciones de nuestros amigos—, de modo que optamos por libros más bien breves. Yo leí *Chesil Beach*, de Ian McEwan, que incluso un lector lento puede empezar y terminar en una tarde. Mi madre lo tenía en su lista de lecturas y me preguntó qué pensaba.

Ambos habíamos leído varias novelas de Ian McEwan a lo largo de los años. Las primeras obras de McEwan muestran todo un catálogo de crueldades, incluido el sadismo y la tortura. Mi madre había pasado tanto tiempo en zonas de guerra, según dijo, que se sentía atraída por libros que lidiaban con temas oscuros, ya que la ayudaban a entender el mundo tal como es, no tal como nos gustaría que fuera. A mí me atraen los libros sobre temas oscuros sobre todo porque siempre hacen que vea mi vida con mejores ojos, por comparación. En sus novelas más recientes, en cambio, McEwan se ha vuelto menos radical, aunque no exactamente alegre. *Chesil Beach* era su libro más reciente y acababa de publicarse.

En ciertos aspectos, *Chesil Beach* es un libro raro sobre el que hablar con tu madre de setenta y tres años, teniendo en cuenta que gira en torno a una pareja recién casada, en 1962, que está a punto de mantener relaciones sexuales por primera vez, y describe su tentativa, desastrosamente torpe y enrevesada, con todo lujo de detalles. Esto no lo comenté con ella. En lugar de eso hablé del fascinante y melancólico colofón del libro, que explica lo que les ocurrirá a cada uno de los dos protagonistas. *Chesil Beach* me había conmovido

tanto que durante una temporada no me apeteció empezar otro libro.

—Me pregunto si las cosas podrían haberles ido de otra manera —añadí, después de hablar de la suerte de la pareja. Lo maravilloso de saber que mi madre siempre empezaba los libros por el final era que no tenía que preocuparme por si se los destripaba.

—No lo sé —respondió ella—. Igual no. Pero igual los personajes creen que las cosas podrían haberles ido de otra manera. Igual por eso te ha parecido tan triste.

Seguimos hablando un ratito del libro, sin atreverme yo a abordar la escena de sexo central, no porque mi madre fuera remilgada, sino porque me embargaba el clásico terror infantil a hablar de asuntos semejantes en presencia de mis padres. (Recuerdo con toda claridad el trauma que me causó ver la obra de teatro *Equus*, de Peter Shaffer, con mis padres cuando tenía trece años. En el momento en que el chico y la chica se desnudan por completo e intentan mantener relaciones, sentí deseos de convertirme en un mero dibujo en el tapizado de la butaca.)

Al final, nuestra charla de aquel día de julio pasó de mis opiniones sobre el libro de McEwan a la logística familiar: dónde, cuando y qué haría cada cual. Luego, en algún momento, como en la mayoría de las conversaciones ese verano, mi madre dijo que seguía sin poder librarse de la hepatitis, que seguía sin estar en plena forma, que no tenía mucho apetito y que no se sentía precisamente bien. Pero estaba segura, segura del todo, de que no tardaría en encontrarse mejor, en recuperar el apetito y en ponerse más fuerte. Solo era cuestión de tiempo. Mientras tanto, había demasiadas cosas que hacer: por la familia, los amigos y las bibliotecas aún por construir en Afganistán. Todo requería su atención, y a ella le encantaba prestársela. Aunque ojalá se hubiera sentido mejor.

En agosto, toda la familia (mi hermano y su esposa; mi hermana y su pareja; yo y la mía; los cinco nietos) y varios amigos nos desplazamos a Maine para celebrar el ochenta cumpleaños de mi padre. Mi madre había organizado prácticamente todo y estuvo presente en casi todas las ocasiones: desayunos en grupo, un paseo en barco y una visita al Rockefeller Garden en Seal Harbor.

Mi padre estaba entonces, y sigue estando, fuerte. Tiene una buena mata de pelo. Antaño corpulento, ahora está más delgado que muchos de sus amigos. Igual resopla un poco cuando sube las escaleras, y no es en absoluto lo que la gente considera un deportista, pero le gustan la jardinería, los largos paseos y el aire libre. No es quisquilloso —prefiere los viejos restaurantes más bien raros que han visto mejores tiempos a los elegantes— pero sí le gusta disfrutar de cierta comodidad. También disfruta con la música barroca y las películas de acción, las cafeterías de carretera y el tiempo de ocio para leer libros sobre el Imperio británico en la India. No le interesan lo más mínimo las universidades ni la propiedad inmobiliaria, que eran dos de los temas preferidos de mi madre, y aunque es capaz de conversar haciendo gala de gran encanto sobre asuntos que le divierten, también le gusta poner a otros en un aprieto cuando ha llegado a la conclusión de que están diciendo paparruchas. Está más feliz que nunca cuando hace un poco de frío y hay neblina. Y también le encantan la langosta y una buena merienda al aire libre, como a todos nosotros. Así que Maine era el lugar perfecto para celebrar su cumpleaños.

Pero entre todas las comidas en la playa, y los paseos en barco, y los hermosos atardeceres de Maine con una copa firmemente asida, todos los adultos, sobre todo mi padre, nos dimos cuenta de lo apurada que iba mi madre, cosa que ella estaba decidida a que nadie notara hasta que hubiera concluido el fin de semana.

Cada vez estaba más demacrada y exhausta. No tenía la piel más amarillenta, pero estaba más delgada y se apreciaban más arrugas en su rostro; las mejillas le colgaban, lo que daba a su sonrisa perpetua un aspecto levemente meditabundo. Aun así, las arrugas parecían desaparecer cuando sus nietos marchaban delante de ella dispuestos a cumplir alguna misión. Durante esos días, mi madre se volvió hacia mí una tarde y dijo que era difícil imaginarse o imaginarnos más afortunados.

Lo que les había ido terriblemente mal a los protagonistas de la novela de McEwan, *Chesil Beach*, pensaba uno de los personajes, era que nunca habían sentido amor o tenido paciencia al mismo tiempo. Nosotros lo sentíamos y la teníamos.

La última mañana de nuestra estancia en el amplísimo hotel de estilo clásico con tejas de madera de Maine, bajé y me encontré a mi madre en el porche con los cuatro nietos más pequeños a su alrededor. Les leía un cuento. Saqué el iPhone y les hice unas cuantas fotos apresuradamente. Recuerdo haber caído en la cuenta de que Nico, el nieto mayor, no aparecía en las fotos. Bueno, ¿por qué iba a aparecer? A los dieciséis años, no iba a estar escuchando a su abuela leer un libro ilustrado.

Fui corriendo a su habitación y le dije que lo necesitaba, así que se desconectó, dejó el libro que estaba leyendo y me siguió.

Salimos juntos al porche y Nico se sumó al grupo para que tomara la fotografía de mi madre con sus cinco nietos. No sé por qué sentí el impulso de hacerlo en ese momento. No saco nunca fotografías. Igual percibí que estaba a punto de ocurrir algo que escapaba al control del amor, de la paciencia o de cualquiera de nosotros, y era mi última oportunidad de fijar el tiempo.

El último fin de semana del verano, a mediados de septiembre, mi pareja, David, y yo lo pasamos con un amigo que siempre alquilaba la misma casa en la playa de Quogue, a unas dos horas de Manhattan, en Long Island.

A mi madre le encantó cuando le dije que iba a visitar a ese amigo, porque la casa era propiedad de la hija de John O'Hara, Wylie, y lo había sido del propio O'Hara antes de ella. O'Hara era uno de los autores preferidos de mi madre. La casa era un desvencijado espacio situado en un risco y sometido a un rápido desmoronamiento con vistas a la playa y el mar, y tenía el porche perfecto para recostarse y leer. Las estanterías, no es de extrañar, estaban llenas de libros de John O'Hara. Durante esa visita decidí serle infiel al libro que me había llevado y leer en cambio a O'Hara.

Primero, sin embargo, supuse que más me valía indagar un poco acerca del escritor. Averigüé, gracias a los libros de la casa, que O'Hara nació en 1905 en Pottsville, Pensilvania. Su padre era un distinguido médico irlandés, y la familia pudo enviarlo a Yale. Pero su padre falleció mientras estaba en la universidad, y su madre no pudo seguir costeándole los estudios, así que tuvo que renunciar a Yale. La experiencia de tener que abandonar la carrera universitaria le provocó a O'Hara una obsesión de por vida por el dinero, la clase y la exclusión social. Empezó a despuntar en 1928, durante la época de los padres de mi madre, escribiendo relatos sobre esos temas para *The New Yorker*, y luego, en 1934, a los veintinueve años, escribió *Cita en Samarra*, título con el que alcanzó la fama. Mi madre decía que, al principio, O'Hara había sido un autor que le habían aconsejado leer, pero que poco después era un autor cuyos libros esperaba con ilusión.

Cuando volví a la ciudad después de mi fin de semana en Quogue, mi padre estaba ingresado en el hospital con bursitis séptica en el codo, tras haber dejado que se le hinchara hasta alcanzar el tamaño de un pomelo pequeño antes de

que mi madre lo obligara a ir a urgencias. Llamé a mi madre para que me pusiera al tanto de su estado. Mi padre detestaba estar ingresado, pero se encontraba mejor.

—Pues al final leí *Cita en Samarra* —le dije—. Siempre había pensado que ese libro tenía algo que ver con Irak.

Cita en Samarra no transcurre en Samarra ni en ningún otro lugar de Oriente Medio, sino en la ciudad ficticia de Gibbsville, Pensilvania, en la década de 1930. La novela cuenta la historia de Julian English, un joven vendedor de coches, casado, que considera que tiene la educación y los contactos adecuados, y que lanza impulsivamente una copa a la cara de un hombre más rico y poderoso al que aborrece sin motivo aparente. Tres días después, y tras dos actos impulsivos más —incluido tirarle los tejos a la novia de un gánster—, Julian lo ha perdido literalmente todo.

—Es increíble que no lo hubieras leído. Y sí que tiene que ver con Irak, aunque no es de eso de lo que trata. Es un libro acerca de cómo a veces uno echa a rodar las cosas y luego es demasiado orgulloso y terco para pedir disculpas y cambiar de rumbo. Trata de que hay quien piensa que por haber recibido una educación determinada tiene derecho a comportarse mal. Por lo visto, Bush estaba destinado a implicarnos en una guerra en ese territorio pasara lo que pasase. —Mi madre no era partidaria del que por aquel entonces era nuestro presidente, y la escandalizó que se sirviera de Al Qaeda y el 11 de septiembre como pretextos para invadir Bagdad. Mi padre a veces hacía de abogado del diablo frente a las opiniones más liberales de mi madre, pero en ese asunto tenía un punto de vista similar, y los dos habían empezado poco tiempo atrás a compartir libros en los que se analizaba minuciosamente la política exterior norteamericana.

A medida que profundizábamos en *Cita en Samarra*, nos encontramos hablando sobre el epígrafe del libro, que, de

hecho, forma parte del diálogo de una obra de teatro de W. Somerset Maugham, un autor con cuyos relatos nos daríamos un festín más adelante.

Había en Bagdad un mercader que envió a su criado al mercado a comprar provisiones, y al poco rato el criado volvió pálido y tembloroso, y dijo: «Señor, hace un momento, cuando estaba en la plaza del mercado, me ha empujado una mujer entre el gentío y, al volverme, he visto que era la Muerte la que me empujaba. Me ha mirado y ha hecho un gesto amenazante; ahora présteme su caballo, y me iré de esta ciudad para eludir mi destino. Iré a Samarra y allí no me hallará la Muerte». El mercader le prestó el caballo y el criado montó, le hincó las espuelas en los flancos y huyó tan aprisa como alcanzaba a galopar el animal. Después el mercader fue a la plaza y me vio entre la multitud, se me acercó y me dijo: «¿Por qué has amenazado a mi criado esta mañana?». «No era una amenaza —dije—, sino un gesto de sorpresa. Me ha sorprendido verlo aquí en Bagdad, pues esta noche tengo una cita con él en Samarra».

Más adelante tendríamos tiempo y motivos para hablar del destino y del papel que jugaba o no en el devenir de nuestras vidas; en particular en lo que estaba a punto de ocurrir. Pero durante aquella conversación telefónica en septiembre, mi madre y yo pasamos enseguida a otros asuntos. Cuando nos dio la impresión de que la charla iba tocando a su fin, mi madre quiso mencionarme otra cosa.

—Quería decirte que tu hermana insiste en que vaya a otro médico y me someta a más análisis. —La nueva doctora iba a hacerle otro escáner para determinar por qué no lograba superar la hepatitis.

—Me parece buena idea, mamá.

Luego volvimos a centrarnos en mí.

—Y tú, ¿vas a descansar un poco?

—Tengo que hacer muchas cosas antes de marcharme.

—Me zafé—. No sé cómo voy a hacerlas todas. —En aquel momento era editor jefe de una editorial, y tenía que ir, como todos los años, a Alemania para asistir a la Feria del Libro de Fráncfort que se celebra allí la primera semana de octubre.

—Uno solo alcanza a hacer lo que puede, y lo que no se hace, pues no se hace. —Mi madre siempre me daba consejos que ella nunca seguía.

—Mamá, prometo tomármelo con más tranquilidad si tú también lo haces; vamos a hacer un trato. Aunque me parece que, pase lo que pase, vas a pasar un par de días muy complicados, sobre todo teniendo en cuenta que aún no estás bien.

Todos los días, mi madre iba a pasar unas cuantas horas en el hospital con mi padre. Unos amigos a los que adoraba habían ido de visita desde Londres, así que también pasaba tiempo con ellos. Tenía previsto, asimismo, hacer un viaje de varias horas con ellos para visitar a otro amigo, al que le había sido diagnosticado un tumor cerebral y acababa de recibir la noticia de que le quedaban entre tres meses y dos años de vida. Luego, a finales de semana, tenía su cita con la doctora nueva.

Ahora me doy cuenta de que todos habíamos adoptado un ritmo de vida enloquecido, febril, durante los días que desembocaron en el diagnóstico de mi madre. Cenas, copas, visitas, galas benéficas, reuniones, planificaciones, recoger, llevar, comprar entradas, yoga, ir a trabajar, entrenamiento cardiovascular en el gimnasio... Nos aterraba detenernos, detener cualquier cosa, y reconocer que algo iba mal. Por lo visto, la actividad, la actividad frenética, era lo que todos sentíamos que necesitábamos. Solo mi padre bajó el ritmo, y no lo hizo hasta que se vio atrapado en un hospital sometándose a un tratamiento con antibióticos por vía intravenosa. Todo iría bien, todo sería posible, cualquier cosa podría recuperarse o eludirse siempre y cuando todos siguiéramos corriendo de aquí para allá.

Mientras estaba en la Feria del Libro de Fráncfort una semana después, justo antes de ir a hacer de coanfitrión en una cena llena a rebosar de colegas del mundo editorial, mi madre me llamó para decirme que era casi seguro que tenía cáncer. La hepatitis no era vírica; estaba relacionada con un tumor en el conducto biliar. Sería una buena noticia que el cáncer estuviera solo allí, pero era más probable que se hubiese originado en el páncreas y se hubiera extendido al conducto biliar, lo que no sería una buena noticia en absoluto. También habían detectado manchas en el hígado. Pero no debía preocuparme, dijo, y desde luego no debía interrumpir mi viaje y volver a casa.

No logro recordar buena parte de lo que dije, ni de lo que ella contestó. Pero cambió enseguida de tema: quería hablar conmigo de mi trabajo. No hacía mucho, le había dicho que había empezado a cansarme de mi empleo, por todas esas aburridas razones que llevan a la gente privilegiada a hartarse de su trabajo de oficina: demasiadas reuniones, demasiados correos electrónicos y demasiado papeleo. Mi madre me dijo que lo dejara. «Avisa con un par de semanas de antelación, sal por la puerta y luego ya verás lo que haces. Si eres lo bastante afortunado para tener la oportunidad de dejarlo, deberías hacerlo. La mayoría de la gente no tiene esa suerte». No era un nuevo punto de vista derivado del cáncer: era mi madre en estado puro. Pese a que se dedicaba a planear minuciosamente la vida diaria, entendía la importancia de seguir un impulso de vez en cuando a la hora de tomar decisiones de gran trascendencia. (Aunque también reconocía que no todo el mundo tenía las mismas oportunidades. Es mucho más fácil dedicarse a perseguir la felicidad cuando se tiene suficiente dinero para pagar el alquiler.)

Después de colgar no sabía si sería capaz de afrontar la cena. El restaurante quedaba a kilómetro y medio de mi hotel. Fui caminando para despejarme, pero no me despejé. Le conté en confianza la noticia del cáncer de mi madre a mi

coanfitrión, un buen amigo, pero a nadie más. Tenía una sensación de vértigo, casi de mareo. ¿Quién era ese que bebía cerveza, comía Schnitzel y reía? Me prohibí pensar en mi madre: qué sentía; si estaba asustada, triste, furiosa. Recuerdo que en aquella llamada me dijo que era una luchadora y que iba a combatir el cáncer. Y recuerdo haberle respondido que ya lo sabía. No creo que le dijera que la quería en aquel momento. Pensé que hubiera sido muy dramático, como si me estuviera despidiendo de ella.

Cuando regresé al hotel después de la cena, eché un vistazo por la habitación y luego miré por la ventana. El río Meno apenas se veía bajo las farolas; era una noche lluviosa, así que la calzada relucía de tal manera que las líneas de separación entre el río, la acera y la calle se difuminaban. El personal de limpieza del hotel había retirado el embozo del edredón, grande, mullido y blanco, formando un pulcro rectángulo. Al lado de mi cama había una pila de libros y unas revistas del hotel. Pero era una de esas noches en las que la palabra impresa no surtía efecto. Estaba muy borracho, muy confuso, muy desorientado —por la hora avanzada y por la certeza de que la vida de mi familia estaba cambiando en esos instantes, para siempre— como para leer. Así que hice lo que se suele hacer en una habitación de hotel. Puse la tele y me dediqué a cambiar de canal: desde la lustrosa cadena del hotel hasta el canal de facturación (¿de veras era tan caro lo que me había tomado del minibar la noche anterior?), pasando por Eurosport y varias cadenas alemanas, antes de quedarme con la CNN y las caras y voces familiares de Christiane Amanpour y Larry King.

Cuando mi madre y yo hablamos más adelante de aquella noche, le sorprendió una parte de mi relato: que hubiera visto la televisión en vez de leer. A lo largo de toda su vida, cuando estaba triste, confusa o desorientada, era incapaz de concentrarse en la televisión, según decía, pero siempre bus-

caba refugio en un libro. Los libros la ayudaban a centrarse, la tranquilizaban, le permitían ausentarse de sí misma; la televisión la ponía de los nervios.

W. H. Auden tiene un poema titulado «Musée des Beaux Arts», que escribió en diciembre de 1938, justo después de la Noche de los Cristales Rotos. Ese poema incluye la descripción de un cuadro de Brueghel en el que el antiguo maestro nos muestra a Ícaro cayendo del cielo mientras todo el mundo, cada uno ocupado en otros asuntos o sencillamente reacio a prestar atención, «dan la espalda / sosegadamente al desastre» y siguen con sus quehaceres cotidianos. Di muchas vueltas a ese poema en los siguientes días de la feria mientras hablaba de libros, acudía a citas y comía salchichas acompañadas de galletas saladas del grosor de la cartulina. El poema comienza: «Acerca del sufrimiento nunca se equivocaron, / los Viejos Maestros: qué bien entendieron / su posición humana; cómo tiene lugar / mientras algún otro come o abre una ventana o sencillamente pasea aburrido». Mientras estaba en la feria, tenía la sensación de que ese «algún otro» era yo. Mi madre sufría; yo seguía adelante con mi vida.

Me las arreglé, eso sí, para hablar con mis hermanos, sus parejas y mi padre (que ya había salido del hospital y estaba plenamente recuperado), y con David. Todos nos dirigíamos palabras de ánimo: había motivos para preocuparse pero no para dejarse arrastrar por el pánico. Y sin embargo, las llamadas eran exponenciales: cada conversación se retransmitía a todos los demás, lo que provocaba más llamadas aún, unas llamadas sobre otras, llamadas acerca de llamadas. Todos dedicamos tiempo a indagar en la red y leímos la misma información desalentadora acerca de ese cáncer especialmente cruel. Pero había que hacer más análisis. Seguía siendo pronto. Quedaba mucho por averiguar. Nadie debía sacar conclusiones precipitadas.

—¿Seguro que no quieres que vuelva a casa de inmedia-

to, mamá? —le preguntaba cada vez que hablé con ella durante ese viaje.

—No seas tonto —respondía—. Pásatelo bien.

En una conversación me explicó, por fin, cómo le habían dado la noticia exactamente, y hablamos del primer oncólogo al que fue a ver, y a quien mi hermana y yo cogimos ojear de inmediato cuando le preguntó a mi madre si trabajaba fuera de casa. Mi madre me dijo: «¿Crees que algún médico le preguntaría eso a un hombre?». Me comentó que Nina se había portado estupendamente: organizó, dispuso, planteó las preguntas acertadas. Mi hermana había trabajado durante años en la Rusia soviética, donde aprendió a mostrarse insistente cuando era necesario.

—La enseñanza que se saca de todo esto... —empezó mi madre, y se interrumpió. Aguardé. No alcanzaba a imaginar qué enseñanza era esa—. La enseñanza es la siguiente —continuó—: Las organizaciones de ayuda a los damnificados tienen que advertir a quienes viajan a lugares como Afganistán que no den por sentado que si contraen una enfermedad mientras se encuentran allí, tiene que estar necesariamente relacionada con el viaje. Puede ser una simple coincidencia. Tenemos que asegurarnos de que la gente lo entienda.

¿Era ese el resquicio de esperanza? ¿Un nuevo protocolo para miembros de organizaciones humanitarias que regresan de viajes a lugares exóticos?

—También tengo que pedirte un favor —añadió mi madre—. Tráeme un libro maravilloso de la feria. Y a tu padre también le vendría bien algún libro.

Cogí demasiados libros para llevármelos todos a casa, e intenté decidir qué títulos meter en la maleta y cuáles enviar por correo, pero solo podía pensar en si las cosas hubieran ido de otra manera en el caso de que hubiésemos obligado a mi madre a ver antes a más médicos, o si, por el contrario, tenía una cita en Samarra y nada lo habría podido cambiar.